

843
Q

PQ 2378

03

548

L892

Es propiedad de los Editores.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tipografía Franco-Española.—26 Bailén, 26.—Madrid.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

LAS SEÑORAS DE CROIX-MORT

I

Á tres kilómetros de Clairefont, en la linde del bosque de la Vieuville, sobre un gran ribázo, se levanta el castillo de Croix-Mort, rodeado de un parque de cincuenta hectáreas, que atraviesa la Divonnette. Es una hermosa construcción de estilo Luis XIII, coronada por una torre, cuya campana da melancólicamente las horas. Una gradería conduce al vestíbulo, amueblado con banquetas y arcas de cedro talladas, y adornado de cabezas de ciervos y de jabalíes, recuerdos cinegéticos que el conde de Croix-Mort tenía gusto en conservar. En el techo, en óvalos de piedra, están pintadas las armas parlantes de la familia. Una calavera sobre campo de plata, con esta divisa:—Por la Cruz.

En esta vasta residencia se instaló la condesa Regina, el día siguiente de la muerte de su marido, con su hija Edmea, deseando recobrar su fortuna, gravemente comprometida por

las locuras del difunto. El Conde, hombre muy seductor, de sociedad, elegante y gentil, había hecho muy desgraciada á su mujer. Calavera incorregible, era uno de esos maridos que, fríos en el hogar, son brillantes y ardorosos en el mundo: todos los tesoros de su talento los reservaba para los extraños, y su corazón solamente era tierno y afectuoso para las mujeres ajenas.

Regina, educada por una tía muy religiosa en el rigor de la vida claustral, había aceptado la proposición de ser esposa del Conde, como un prisionero adopta un proyecto de evasión. Para ella, el matrimonio fué la libertad. Su imaginación soñó todo un porvenir de fiestas y placeres, en compañía de aquel hombre encantador, cuya gracia seductora y distinguida jovialidad tenían para ella, sencilla é ignorante, una soberana seducción. La vida le pareció que sería un delicioso conjunto de fáciles deberes y maravillosos placeres. Pero bien pronto hubo de persuadirse de que su marido, en uso de su autoridad particular, había resuelto dejar á su mujer todos los deberes, reservándose para él todos los placeres. Al cabo de algunos meses, la Condesa sintió que estaba en cinta, y se confinó en su retiro. El Conde, tan ligero de corazón como de cabeza, creyó que ya había satisfecho las exigencias conyugales, y se consideró

cumplido con su mujer, volviendo á mariposear como antes de casarse. Esta existencia de marido soltero, le pareció muy agradable, y se acostumbró á dejar sola en su casa á su mujer.

—Es una mujer formal—pensaba,—y es seguro que no puede transigir con las frivolidades del mundo. Vale más dejarla libre en la entera dignidad de su retiro, que tanto la satisface. Y dándose á sí mismo tan buenas razones, el Conde creyó que no había necesidad de exponérselas á su mujer. Él cada vez la respetaba más, pero también aumentaban cada vez más sus calaveradas. Tuvo aventuras de gran resonancia, saltó de noche por las ventanas, se batió en duelo por una amazona del Circo, perdió doscientos mil francos al *besigue chino* en una tarde, y, en fin, dió el ejemplo de una vida completamente desordenada, hasta el día que en una carrera, en la Marche, habiéndose producido cierto desacuerdo entre él y su caballo delante de la valla de la pista, fué recogido en una camilla con la columna vertebral rota, y destrozado su pobre cerebro loco. Su mujer lloró amargamente, y lo sintió tanto más, cuanto menos le había conocido. Sus funerales fueron magníficos, y por la primera vez su familia empleó utilmente el dinero en su obsequio.

La señora de Croix-Mort, encerrada en su

castillo patrimonial, no se aburrió más que en su residencia del barrio de Saint-Germain. Estaba acostumbrada á la soledad. Su melancolía habitual fué más dulce y suave, y perdió aquella aspereza de los celos que en su ánimo producía la animación y la alegría de las demás mujeres. Se apoderó de ella la tranquilidad soñolienta de la naturaleza, y se calmaron los rencores de su alma. Se consagró exclusivamente á la educación de su hija, de quien se propuso hacer una mujer de talento cultivado y de corazón sencillo. Pero la niña, no solamente sentía en sus venas la sangre dulce y reposada de su madre, sino que también sentía con más intensidad hervir la sangre impetuosa de su padre. Desde el principio, la Condesa comprendió que su hija era una legítima Croix-Mort, y que las dificultades de su vida conyugal iban á continuar en su vida maternal.

Era un diablo con enaguas la niña, un chico equivocado, como decía el abate Levasseur, cura de Clairefont, que pronto había adquirido en la casa cierta familiaridad, y dado, por una intuición, en cierto modo sacerdotal, con el mismísimo sillón en que su antecesor había digerido todos los domingos, durante muchos años, junto á la bien provista chimenea del gabinete, las excelentes comidas de la Condesa

precedente. Era un santo aquel clérigo, de cabellos blancos, que corría los caminos, después de la misa, para llevar consuelos á los que sufrían y socorros á los pobres. Vivía en su modesto curato con su padre, antiguo pintor en cristal y porcelana, demasiado artista para haber sabido hacer fortuna, y que con sus temblorosos dedos de nonagenario restauraba las vidrieras de la iglesia, que era muy vieja, destruída por los aires del invierno, como un viejo curando las heridas de una vieja. El Cura, que no podía hacer carrera de la niña cuando le daba sus lecciones en la casa de su madre, había exigido que se la llevasen á Clairefont. Y en la sala baja del presbiterio se esforzaba porque penetrasen en la cabeza de la criatura algunas reglas de sintaxis; pero ella, distraída, miraba por la ventana, rodeada de verdura, en pequeño espacio del ancho cielo, el caprichoso y estridente vuelo de las golondrinas.

—Vamos, niña; ¿no me escuchas lo que digo? —le decía el profesor.

—Sí, sí, señor Cura... Ha dicho Ud. que el participio pasado cuando está precedido del verbo ser...

Y el Cura, con una tierna mirada, murmuraba:

—¡Qué lástima que no puedas concentrar un

poco más tu atención!... ¡Eres una naturaleza tan bien organizada!... Veamos, veamos ahora un poco estos verbos irregulares.

Pero en la habitación inmediata se oía el ruido del diamante del nonagenario cortando los pedazos de cristal, y la imaginación de la niña se divertía en los espacios luminosos, poblados de santos y de vírgenes con nimbos de oro, pintados en las vidrieras que recomponía el viejo artista. Entonces, el Cura, suspirando, cerraba su libro, renunciaba á sus análisis gramaticales, y devolvía la libertad á su discípula, que corría al taller, donde, sobre una especie de mostrador, el pintor se ocupaba en reunir los trozos de un rosetón, soldándolos con plomo, y guiñando el ojo para juzgar el efecto del trabajo. La niña, inmóvil, sin respirar siquiera, le miraba trabajar, y el viejo, muy contento, cogía un pincel y colores, y la enseñaba á copiar arabescos. Allí estabase las horas, silenciosa, manchándose horriblemente las manos, pero apasionada, feliz, y haciendo admirables progresos. Había en el taller, puesto en la pared blanqueada, un pequeño cristal del renacimiento italiano, que representaba la cabeza de San Miguel, con sus ojos azules, sus largos cabellos rubios que caían por bajo de una especie de toca de terciopelo granate, y con su collar de oro sobre una túnica

plateada. Ante esta bonita figura se extasiaba la hija de la Condesa. El viejo dijo un día jovialmente al Cura que su discípula estaba enamorada de San Miguel, á lo que el clérigo contestó como avergonzado:

—Padre, ni en broma diga Ud. esas cosas.

—Ese San Miguel—repuso el viejo—es muy bello, y no es extraño que le produzca impresión; es una de las raras obras que pintó sobre cristal Aníbal Carraccio... Fué cogido en el palacio Doria por nuestro tío durante el sitio de Génova, dirigido por Massena... No es más grande que las dos manos juntas, y vale mucho dinero...

—Bien: pues para que no se rompa, guárdelo Ud. en un armario... Así no le verá más la hija de la Condesa.

El día siguiente, la niña, no encontrando en su sitio á San Miguel, interrogó con la mirada al Cura y á su padre, y como no la respondían, se mordió los labios y calló; pero, de memoria, hizo una exacta copia del santo.

En todo se manifestaba su naturaleza ardiente y apasionada. Gustábale ver galopar los potros en las praderas, y para estimularles en la carrera, les gritaba: "¡Oh! ¡oh!", dando palmadas. Un día se la sorprendió, con su falda recogida como un pantalón turco, cabalgando

sobre un potrillo, sin silla, sin brida, y asida únicamente á la crin. Al saber tan singular proeza, la Condesa se puso pálida, juntó las manos, y murmuró:

—¡Como su padre!

—Nuestra querida niña no es de su siglo, señora Condesa—dijo el cura Levasseur;—hubiera sido una soberbia guerrera con Clorinda, ó una admirable matrona de la Fronda con la señora de Longueville. Pero hoy, para las mujeres, no hay ya ocasión de romper lanzas ni intrigas políticas que enmarañar... La aguja, los útiles de bordado y el *Telémaco*; esto es lo que conviene á las jóvenes.

Lo que conviene no es, generalmente, lo que agrada. Y Edmea, cuando no se ocupaba en pintar arcángeles, salíase de casa y se iba á correr el monte y el llano con el guarda Juan Billet, hombre de confianza, que había hecho la guerra con el Conde, y reunía en su persona, maciza y coloradota, todos los defectos y todas las cualidades de la raza de la Picardía. Era desconfiado, regañón, honrado y leal. Los Billet habían servido á los condes de Croix-Mort en tres generaciones, y poco á poco los dominios de éstos habían venido á ser su propiedad. La habían prescrito por su adhesión. Decían: nuestros montes, nuestros campos, nuestras eras. Caza-

dores intrépidos de padres á hijos, eran el terror de los furtivos. Billet el abuelo, un hombrón de una fuerza hercúlea, había inventado, para espantar á los merodeadores del cantón y quitarles la afición de ir á cogerle sus liebres, un procedimiento más sencillo y expedito que el proceso verbal. Dejaba su escopeta en una zanja, caía á puñadas sobre el delincuente, y cuando se separaba de éste, le dejaba medio muerto. Estas tradiciones de justicia sumaria se habían perpetuado en la familia, y en todas las cercanías de Croix-Mort, cuando se veía que alguno llevaba en la cara y en la cabeza señales de golpes, decíase jovialmente:

—Se conoce que ese ha encontrado á Billet.

El último de esta raza autoritaria no se había casado. Tenía aún peor genio que sus ascendientes, y vivía solitario en una casita blanca, cubierta de tejas coloradas, á la entrada del soto, sin otra compañía que sus dos gatos y su perro de caza. Desde la mañana á la noche recorría la finca, siempre entre los árboles ó la maleza, para ver mejor y no ser visto, eligiendo las piezas que le convenía matar, y no teniendo nunca necesidad, tal era su puntería, de disparar por segunda vez su escopeta.

Este salvaje no se había dejado domesticar más que por la niña Edmea. Había consagrado

un ferviente culto á esta criatura. Tenía ésta una manera de decirle "mi querido Billet", que al hombre le llegaba al corazón el acento de la muchacha. Una tarde en que nevaba mucho, la oyó quejarse de sentir frío, y se pasó veinte noches en espera, cerca de un agujero hecho en el hielo del estanque, para matarle nutrias. Y al fin, una mañana se presentó orgulloso con las preciosas pieles para forrar un abrigo. Cuando la niña se escapaba por la puertecilla del bosque, al llegar al monte hacía sonar tres veces el silbato que en otro tiempo había servido á su padre, y se sentaba al pie de un árbol. Al cabo de poco tiempo oía el rechinar de las ramas en la maleza, como si pasara por allí un cervatillo, y deslizándose por entre la hojarasca, aparecía Juan Billet, acudiendo solícito al llamamiento de la niña. Y entonces íbanse los dos juntos, pero no recatándose como Billet tenía por costumbre, introduciéndose por los senderos estrechos entre la espesura, sino á la luz del día y por medio del campo, alegre y hermoso con sus brillantes y variados matices. Visitaban los lazos puestos para las garduñas y las raposas, vigilaban la salida de los conejos, se divertían con la desenfrenada carrera de las liebres en celo, y contaban los huevos que había en los nidos de perdices. Y luego, á la hora de comer,

Edmea volvía al castillo, rendida de fatiga, oliendo á tomillo, escoltada por el salvaje Billet, que se inclinaba humildemente oyendo las reprecensiones de la Condesa, irritada de ver á su hija, niña de catorce años, aficionada á tales correrías por el campo y el monte, en vez de estar-se en el salón, con su madre, en la actitud que convenía á una señorita de su clase y sus circunstancias.

La Condesa había visto á su hija crecer sin experimentar esa alegría profunda de las madres que, en la hija ya formada, encuentran la más dulce y encantadora de las amigas. Entre ella y su hija no había de existir jamás esa intimidad. Separábalas una completa diferencia de caracteres y de gustos. La señora de Croix-Mort, carácter sentimental y soñador, no podía tener ningún punto de contacto con Edmea, carácter positivista, franco y expansivo. La madre, lánguida y nerviosa, pasaba el tiempo tendida sobre una *chaiselongue*, leyendo novelas, ó haciendo la recapitulación de todas las decepciones que la vida le había ofrecido. La hija, activa, enérgica, de sangre ardorosa, no tenía afición á la lectura, que le parecía una ocupación enojosa, abominaba toda poesía, y sólo admiraba la naturaleza en toda su sencilla riqueza. Faltaba á esta hija un padre que la hubiera lle-

vado consigo á la ciudad, que la hubiera acompañado á caballo, que hubiese sido, en fin, tierno y cariñoso, para hacerse amar, y severo y enérgico para hacerse respetar. Edmea, en aquel desierto de Croix-Mort, entre su madre, fría y lánguida, el bueno del Cura, sencillo y preocupado de su digestión, y Juan Billet, especie de lobo doméstico, pero rudo y grosero, no había hallado empleo para sus tiernos afectos. Se había concentrado en sí misma, viviendo materialmente más que moralmente, y merecía el epíteto de *salvaje*, que la Condesa le aplicaba desdeñosamente cuando la veía volver con los cabellos despeinados y el vestido hecho girones. Sin embargo, Edmea experimentaba frecuentes explosiones de ternura, que la arrojaban en brazos de su madre con violentos besos y caricias casi brutales, que sorprendían á Regina mucho más que la indiferencia habitual de su hija.

—¡Qué detestables maneras!—exclamaba con desdén, arreglando su tocado, descompuesto por la impetuosa efusión de su hija.—Bien se ve, hija, que pasas la mayor parte del tiempo en los montes con los animales.

Edmea quedaba confundida, con las mejillas rojas y los ojos llorosos, sintiendo profunda tristeza y dolor agudo en su corazón. A los catorce

años hizo su primera comunión, y desde aquel momento se operó una revolución en su carácter. La fe se apoderó de ella, y se consagró á la devoción con el ardor y el entusiasmo que eran en ella característicos. Fué aquella una verdadera crisis de misticismo. La jovencita no pensaba más que en Dios, en la Virgen y Jesús. Pidió como una gracia que nuevamente se habilitase el oratorio del castillo, y durante horas enteras se la vió de rodillas, ante una estatua de yeso con colores que representaba á la Santa Virgen con el divino Niño en sus brazos. Devoró los Evangelios, aprendió de memoria el Catecismo, y fué tan aplicada y juiciosa como antes había sido indolente y alocada, asombrando á cuantas personas conocían sus actos de devoción, por la persistencia y la intensidad de su fervoroso celo. La niña rebelde, “el muchacho equivocado,” se hizo un modelo de juicio, de formalidad y de sumisión. La Condesa no volvía de su sorpresa, y el Cura exclamaba, fijando en el cielo la mirada:

—Positivamente, Edmea ha sido favorecida con la gracia divina. Dios ha hecho este milagro.

Billet, que no era muy observante que se diga, pensaba que un buen guarda no debe ir ni á la iglesia ni á la taberna, porque mientras estuviera en una parte ó en otra, los bribones ten-

drían tiempo para poner lazos á fin de llevarse la caza. Y gruñía, malhumorado, porque ya no veía con tanta frecuencia como antes á la señorita.

—La obligan—decíase—á estar todo el día con los libros en las manos, y más convendría á su salud correr el monte y el llano conmigo, que entretenerse en cánticos y rezos con el *negrillo*.

Así, muy irrespetuosamente, calificaba Billet al señor Cura, aludiendo á su sotana. Pero no había que extrañarlo. Edmea le había abandonado, y cada vez, con este motivo, iba echando peor humor el bueno del guarda. Ya no usaba la más mínima tolerancia con las gentes del país, y habiendo sorprendido á un infeliz de la Vieuville despojando los álamos blancos para confeccionar escobillas, le tuvo atado á un árbol ocho horas, amenazándole con dejarle allí morir de hambre.

El día de la primera comunión, Billet, sin embargo, cedió á la tentación de ir á Clairefont á ver á la jovencita con su vestido de muselina y su velo blanco. Se puso una blusa nueva, se quitó las polainas de cuero, colgó la escopeta por la primera vez desde que era guarda, y, con gran asombro de la población, se le vió atravesar el pueblo y entrar en la iglesia.

Allí se estuvo, durante toda la primera parte de la ceremonia, derecho, cuadrado como un recluta, delante de uno de los pilares. Pero cuando oyó, en medio del solemne silencio del templo, la voz de Edmea, comenzó á temblar, se levantó su endurecido pecho á impulso de los violentos latidos de su corazón, y con un mugido como el de un toro, se dejó caer de rodillas sobre el pavimento, y las lágrimas humedecían su barba enmarañada. Así estuvo hasta el fin de la misa, no atreviéndose á mirar á nadie, y como avergonzado de si mismo. Cuando todo el mundo se alejó, y vió la iglesia vacía y silenciosa, dió una vuelta por el templo, examinó con torpe curiosidad los objetos del culto, los cuadros de santos, y luego salió con la cabeza baja, y volvió á tomar el camino del monte.

Desde aquel día, Edmea no volvió á subirse á los árboles para coger la fruta verde. Ya no se la vió más correr por las avenidas del parque, como persiguiendo un ser imaginario, hasta caer sin aliento. Se compuso y acicaló, si no con coquetería, á lo menos con regularidad; cuidó sus manos, que las tenía un poquito callosas; se cortó las uñas, que parecían las de un gato montés; modificó su modo de andar, que antes parecía como de muchacho, y con esta transfor-

mación fué Edmea una verdadera señorita de su rango. La señora de Croix-Mort contempló con estupefacción la hermosa mariposa que salía de aquella fea crisálida, y debió pensar que su hija no era desagradable, y que, aunque un poco torpe todavía, prometía adquirir gracia y encanto. Esto le produjo un secreto despecho. Se había acostumbrado á ser la única señora en el castillo. Y aunque no contase más que con el señor Cura para que le rindiera el homenaje de su admiración, sin embargo, era muy celosa de su soberanía. La triunfante metamorfosis de la niña lo alteraba todo. Y la madre y la hija iban á ser allí un poder contra otro poder. El *negri-lló*, como Billet llamaba al Cura, sería la imagen del pueblo, y en medio de los dos partidos, debía sufrir de rechazo todas las contingencias y consecuencias de la lucha entre madre é hija, entre la señora y la señorita de Croix-Mort.

II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Á los treinta y cinco años, la condesa Regina era todavía hermosa. Su belleza de blanca y rubia se había conservado un poco descolorida en la soledad, como una flor entre las páginas de un libro. Sus largas horas de abandono en sus divanes la habían engruesado algo más de lo conveniente; pero su talle no había dejado de ser esbelto, y sus hombros tenían una amplitud y una redondez soberbias. Era un admirable fruto maduro aquella viuda, que no había sido esposa más que el tiempo preciso para ser madre. Durante las largas conferencias nocturnas con el Cura, amenizadas con interminables monólogos que el sacerdote no interrumpía de otro modo que diciendo respetuosamente: "Sí, señora Condesa,," como decía *Amén* cuando celebraba el Santo Sacrificio de la Misa, la señora de Croix-Mort filosofaba extensamente sobre la condición de la mujer en la sociedad, sobre el